

# *El verso de una rosa*

**María Gómez**



## I

Aquella tarde supondría el detonante que haría cambiar todos mis esquemas, mis desdichados pensamientos para siempre.

A través del cristal, veía aquellos pajarillos revolotear por los árboles, esos árboles altos y desvariados, tan desvariados como yo, que yacía con la cabeza derribada sobre mi tenso brazo extendido.

Y una lágrima me sobrevino, recorrió mi mejilla y cayó suavemente sobre el fondo miel del escritorio... “No te agobies, hija”; “Que no te importe lo que digan o piensen los demás”; “El estudio es lo principal, es tu deber; lo demás, podrá esperar...”; “Escúchate a ti misma...” Esas palabras dulces y sólidas, siempre sonando en mi mente...

“Pero... ¿cómo voy a olvidar? El verano ya pasó y, con él, todos sus recuerdos. Y yo ya no puedo más, no puedo más... ¿Cómo voy a estudiar? ¿Cómo voy a escribir? ¡Ya no tengo capacidad! ¡Ya no tengo nada!”

Frente a mí, el nuevo ordenador, con un documento en blanco; y a un lado el café, con su olor esparcido por toda la habitación. “¡Ya no puedo más!”; “¡No puedo más!” me repetía una y otra vez con ira y desesperanza.

Entonces, llena de rabia y de impotencia, abandoné urgentemente el pequeño dormitorio. Bajé a toda prisa las escaleras del edificio y salí al parque de árboles elevados.

Eché a correr por el camino entre las tenues farolas, bajo la luna blanca y lacrimosa. Humillada, angustiada, muerta de frío... “Debes aprender a separar tus estudios del resto de los problemas”; “Aprende a ser fuerte y te superarás a ti misma”.

Miré el cielo, ya oscurecido, exento de estrellas; después a mi alrededor, a la gente corriendo, paseando a sus perros... “Dios mío, cómo voy a ser capaz de estudiar, si ya no tengo motivación...”

Regresé al piso aturdida, algo mareada. Carmen me abrió la puerta:

-Sofía, ¿qué te pasa? Vienes un poco pálida.

-He salido a correr un poco, ya no podía estar más sentada, no lo aguanto. Creo que me he mareado...

En ese momento me dirigí hacia mi cuarto, giré el pomo de la puerta y, de pronto, todo se tornó de un negro cálido y opresivo, como en un extraño sueño...

## II

Al despertar la mañana siguiente, me desconcertó un poco el color crudo del techo. A mi lado, me encontré con Aurora que estudiaba sentada en el escritorio:

-Vaya, ¿ya has despertado? ¡Menudo susto nos diste anoche chica!-dijo con su tono algo sarcástico.

-Que... ¿qué ha pasado?-pregunté más confundida aún.

-Te desmayaste Sofía. Abriste la puerta y, de repente, ¡plaff!, te desplomaste en el suelo. Tuvimos que llamar a tu casa, ¡qué susto! Vino tu padre y te llevó corriendo a urgencias; allí le dijeron que sufriste una lipotimia, que debes relajarte, tomarte las cosas con más calma y, sobre todo, ¡comer más! -concluyó con gran énfasis.

-Vale...madre mía- respondí asombrada cuando, Aurora salió del dormitorio para volver enseguida con el móvil en las manos.

-Tu padre nos dijo que llamásemos en cuanto despertaras.

Aquella tarde, mi padre llegó al piso y se sentó conmigo en el cuarto. Tras sus lúcidas lentes de cristal, unos ojos nobles y melancólicos me observaban con preocupación:

-Sofía, dime ¿qué te ha pasado hija?

- Estaba cansada papá. La carrera tiene muchas exigencias y, a veces, una necesita tomar aire fresco.

- Estás muy delgada, Sofía. Te lo vengo notando desde hace tiempo.

- Como bien papá, no tengo nada, si es lo que estás pensando.

Mi padre me miraba fijamente con su expresión tierna y reconfortante:

-¿Te ha vuelto a ocurrir lo de la última vez? –dijo, desencadenando un breve silencio.

-Ah, ya...-dije con los ojos puestos en el borde de la cama-. Bueno, poco a poco lo voy superando. Cada día, en clase, siento que estoy un poco más segura...

- Eso está bien. Te vas acostumbrando a exponer y a este tipo de actividades en público, ¿no? Eso está muy bien, hija. Todo es cuestión de hacer frente a nuestros miedos, siempre que se presenten. Ya verás que vas a ser una estupenda profesora y, me atrevo a decirlo, una buena escritora, el día de mañana –me animó con su cálida sonrisa.

-Eso espero –dije con aire esperanzado-. Ahora se nos presenta un trabajo realmente importante en Literatura. No sé si seré capaz de afrontarlo...

Mis ojos se deslizaban cada vez más abajo, hacia el suelo de lozas marrones rasgadas. La mano de mi padre tomó mi barbilla y, sus ojos resplandecientes recogieron mi mirada:

-Yo también fui estudiante, Sofía. También pasé por los mismos temores que ahora pasas tú, por las mismas preocupaciones... Yo era uno de... aquellos tímidos y raros. Pero, ¿sabes qué? Aprendí a controlar mis fobias. Mirando en mi interior me hice más fuerte ante lo bueno y lo malo, me dejé llevar por las cosas bellas... -hizo una pausa y después prosiguió- .Con ello, ni los más inteligentes, ni aquellos que se dan esos aires de superioridad y altanería lograron ser más que yo. Créeme, tú también lo conseguirás, solo hace falta un poco de voluntad. Así que venga, manos a la obra y a por ese trabajo que te han encomendado en la universidad.

Se puso en pie con una mueca de satisfacción y, antes de salir del cuarto, se volvió de nuevo hacia mí con su plácida expresión: “Brillarás. Pero, come más, ¿de acuerdo?”

### III

La profesora se levantó para abrir la ventana: la mañana era fría, pero realmente espléndida y reluciente.

Anduvo de un lado a otro de la clase con su cuadernillo entre las manos. Era una profesora joven, con unas distinguidas gafas y un aspecto muy natural.

-Chicos y chicas, el motivo de este trabajo no es una mera creación de versos con sus respectivas rimas y correctas métricas. No se trata de un conjunto perfectamente armonizado. No. – volvió a negar mientras se volvía ligeramente hacia la luz de la comfortable mañana; y tras una breve pausa:

-Quiero que presten atención a una cosa y que la comprendan. Puede que no a todos ustedes les guste demasiado la poesía y, puede que no sea su mayor fuente de devoción. Pero, cuando nos adentramos en literatura, deja de... tratarse de eso.

Su voz sonaba apacible, apasionada, segura.

-En literatura, la poesía es lo que siempre se ha denominado “la guinda del pastel”. Es la cima más alta de la montaña, muy difícil de alcanzar; pero, una vez lo hemos logrado, desde allí, desde el punto más alto, podremos contemplar el bello paisaje que nos rodea.

Dirigió su brillante y audaz mirada hacia todos nosotros y continuó:

-Pero para llegar hasta allí, señoras y señores, debemos tener muy en cuenta una cuestión: debemos apartar a un lado nuestras opiniones. No es que estas no sean importantes, claro que no; pero no se trata de eso. De lo que se trata es de comprender la creación artística en sí y a su creador: qué nos quiere expresar el poeta.

Volvió a sentarse arrimando la silla a la mesa.

-Chicos y chicas, miremos en nuestro interior. Encontramos en él aquellos sentimientos, aquellos recuerdos, momentos felices... que nos hacen soñar, nos inspiran y nos guían. Nuestras vivencias, nuestros más profundos anhelos, nuestras inquietudes... Son esas pequeñas cosas de las que se nutre la poesía, para después, volverlas grandes- volvió a hacer una breve pausa observando a todos sus jóvenes discípulos, completamente silenciosos y embelesados con sus palabras.

- Ya saben, mis queridos alumnos, que el mejor poema será publicado por la Universidad de Córdoba y que, el ganador, recibirá como premio una beca exclusiva a Francia e Inglaterra. Así que, dicho esto, les recuerdo que queda un mes escaso para su entrega y presentación; y, por lo tanto, imagino que a estas alturas, su obra estará casi acabada...

Con estas palabras la profesora dio por finalizado el asunto. A continuación, colocó sus refinadas gafas sobre la mesa y se dirigió a nosotros para comenzar con el siguiente y muy “sobrecogedor” cambio de tema:

-Bien, creo que tocaba exponer la nueva lección. A ver...-y miraba la pantalla del ordenador mientras mi corazón latía precipitosamente...

-“Venga, Sofía Prieto”.

El sonido brusco de esas palabras produjo un estremecimiento voraz por todo mi cuerpo: de repente, un calor sofocante ahogaba mi cuello, subía hasta mis mejillas y golpeaba con fuerza mi cabeza. Un bochorno insoportable invadía el aula a mi alrededor. Comencé a caminar por una especie de cuerda floja que temblaba temerosa a mi paso, haciendo a este cada vez más pesado y más lento, con riesgo de caer vertiginosamente por el precipicio...

Cuando llegué a la tarima, un mareo incesante volteaba mi cabeza. Observé las caras dilatadas delante de mí: alegres, expectantes, tan ajenas a mi dolor. “Dios mío, se están

riendo”; “¿Estoy haciendo el ridículo?”; “No me acuerdo de la lección”; “Este calor me asfixia...”

Entonces, una voz surgió de entre la nada, para extraerme de aquel espantoso abismo: “Sofía, ¿vas a comenzar?”.

Mi mente permaneció en blanco unos instantes, el angustioso calor comenzó a menguar, sobreviniéndole un frío incipiente. Poco a poco, mis labios comenzaron a reaccionar, desprendiendo palabras entrecortadas: “Tengo...que ir al servicio; no me encuentro muy bien”.

Anduve por el pasillo, acelerada, mareada, avergonzada de mí misma, hasta dar con los servicios. Me senté derrumbada en el suelo y hundí la frente en mis rodillas: “No”; “No puede ser...”; “¿Cómo voy a volver a mirarlos a la cara?”; “¡Qué vergüenza!”; “¡Soy una desgraciada!”.

En ese momento, saqué el móvil de mi bolsillo y abrí la lista de contactos de *whatsapp*, hasta que di con su foto: su imagen brillante, su pelo moreno, su increíble sonrisa... “Yo ya no soy nada”. “Nada”, me dije desesperada, horriblemente enamorada...

Esperé en el servicio hasta el intercambio de clase, cuando, al abandonarlo, me topé con la profesora Maite de frente, que me miraba fijamente. Se acercó con sutileza y me dijo algo serio: “Sofía, acompáñame”.

Colocó sus libros en el escritorio y se sentó frente a mí. Cruzó las manos, apoyó los codos sobre la mesa y posó su elocuente mirada en la mía:

-Sofía, esto no puede ser.

-Lo siento profesora, yo...

-Sofía –me interrumpió con su porte delicado. Escúchame. Una vez, yo también fui alumna y estuve sentada ahí, donde estás tú. No creas que era la más lista, ni la que sacaba mejores notas. Tuve momentos muy difíciles, como todo el mundo los tiene alguna vez. A menudo, solía enfrentarme a ellos y tenía, como se dice, “muchos quebraderos de cabeza”.

Hizo una pausa, mirando hacia una de las carpetas situadas a un extremo del escritorio.

-Sofía, ¿crees que, Tamara Gallardo, por ejemplo... es mejor que tú?; o ¿Andrés Gutiérrez? Te explicaré algo. Todos poseemos unas virtudes y unos defectos, cosas que

se nos dan mejor o peor y, no por ello, somos superiores o inferiores. Algunos, podrán ser académicamente perfectos, tener gran destreza pública... Pero... muy pocos poseen el extraño arte de una sensibilidad maravillosa.

La profesora se detuvo, mirándome con sus grandes ojos penetrantes y entusiasmados. Sus palabras, claras e ingeniosas, me transmitían tal confianza y simpatía, como ningunas.

-Sofía, ¿sabes cómo llegué a solventar mis problemas?

En ese momento me quedé absorta, pasmada, hasta que pronto reaccioné:

-¿Cómo?

Entonces sonrió con dulzura y contestó: “Cogí a mi mejor amiga y la llevé conmigo a tomar una buena taza de chocolate caliente”.

#### IV

Aquella tarde, paseé por un jardín lleno de rosas. Me llegaba su fresca fragancia impregnada en el viento, el sonido agradable de los pájaros al revolotear, un caniche diminuto que corría risueño hacia mí... Pues, después de todo, el invierno también tenía su encanto.

Llegué al piso a la hora en la que el sol brilla y calienta las alegres terrazas de las avenidas.

-Hola... –me dijo Carmen con cara de sorprendida-. Oye, ¿y esa risilla? Se ve que te encuentras mejor, ¿qué te ha pasado hoy?

-Nada bueno –reí con ironía, dirigiéndome a mi cuarto.

-¿Qué vas a hacer ahora?

-Pues tengo muchos trabajos, aunque...-dije mientras soltaba los libros en el escritorio y buscaba el neceser.

-Aunque... ¿qué? –decía ella por mi extraño comportamiento.

Entonces salí del dormitorio esbozando la mejor de mis sonrisas:

-¿Te vienes a tomar un chocolate?

Carmen y yo nos sentamos en El Roldán, una bonita pastelería de la avenida Victoria. Al otro lado de la ventana, el sol daba luz a las rosas, algunas de las cuales se hallaban en su máximo esplendor, mientras que otras un poco marchitadas por el frío álgido del invierno.

-Rosas en invierno -dijo Carmen observando el panorama con su tazón en la mano.  
-Sí...-contesté ensimismada.  
-Qué bonitas, me encantan; y qué lástima que se marchiten tan pronto...  
-Este frío horrible, desesperante... -dije con cierta mirada entristecida puesta en la ventana.

Carmen se quedó observándome: yo permanecía absorta, sumida en mis pensamientos. Y entonces soltó:

-Quizás ellas también esperan algo...

En ese momento, lo supe: existen momentos claves en la vida, pequeños detalles, que pasan y si en ese instante los captamos, nos llenan de inspiración.

Así que resurgí de mis divagaciones:

-¿Qué? -dije como un espasmo renaciente.  
-Sí... Que como no cambies esa cara, la que se va a marchitar vas a ser tú...  
-¿Yo? ¿De qué hablas? -dije con cierta indiferencia.  
-Sí, tú. ¿Qué esperas?  
-¿Cómo que qué espero? -dije haciéndome la sorprendida.  
-Yo solo digo que, el verano ya pasó, ahora estamos en otra época, tienes muchas cosas que hacer y no puedes vivir anclada en el recuerdo... ¿Vas a estar pensando en él eternamente? Un día nos vas a dar un buen susto; bueno, ¡ya nos lo diste la otra noche!  
-dijo tomando un último sorbo de chocolate.

Su cabello, su boca tan bonita, su manera de ser... ¿es que nunca volverían a mí? ¿Es que no existía más consuelo para este gélido infierno?

Volví la cara hacia mi amiga, toda ella absorta en el dulce que devoraba gustosamente:

-Creo que... sí tengo claro lo que espero -dije con firmeza.  
-Vaya, me alegro.

## V

En los días siguientes, al llegar de clase, me sentaría cada tarde en mi escritorio y me pondría a pensar en aquello que más me apasionaba: la poesía. Tenía un trabajo pendiente en Literatura y, no solo eso: un premio que ganar, con su consiguiente publicación. Ese era mi deber y, por lo tanto, mi sacrificio.

¿Depresiones? ¿Hundida? ¿Desgraciada?... ¿Quién había oído hablar de eso?



Ahora todo había cambiado, me sentía capaz de volver a escribir, de retomar mi camino, con voluntad, con entereza. ¿Qué importaba las veces que tendría que caer? Lo importante es que siempre volvería a levantarme.

Y, ¿qué era aquello que más me inspiraba? Eran las personas: mi padre, que siempre había creído en mí; mis profesores que me instruían; mis amigas y amigos; pero, sobre todo... Volví a mirar sus ojos color miel en la pantalla de mi ordenador: era él.

¿Acaso las rosas en invierno anhelaban a su chico, tanto como yo? ¿Acaso acabaría marchitándome, como decía mi amiga, al igual que ellas en la larga espera? O, ¿es que terminaría brillando a la luz del sol?

No importa, la vida estaba bien así. Lo que sabía con certeza era que él me inspiraba, que de alguna manera, sería capaz de expresarlo: pues era “la guinda del pastel”.

## VI

Llegó tan esperado día. Yo permanecía sentada, esperando ansiosa en medio de aquel salón de actos repleto de profesores y alumnos. Pronto mencionarían mi nombre... Y, ¿qué ocurriría entonces? ¿Volvería a marearme? ¿A temblar en medio de aquel grandioso público expectante?

“Sofía Prieto Rodríguez” fueron las palabras clave. A continuación, me levanté y bajé uno a uno los numerosos escalones, hasta llegar a la plataforma.

Encendí el ordenador y conecté la pantalla. Allí, desde el escenario, observé a mi público de frente: ¿A dónde había ido a parar mi nerviosismo? ¿Es que acaso se había esfumado? ¿Y la cuerda floja que temblaba al bajar las escaleras? ¿Dónde estaban mis fobias?

Me sentía más segura de mí misma que nunca. Y fue en ese momento cuando supe que, lo importante no era que mi trabajo fuera el más brillante, el que cumpliera las reglas a la perfección -las académicas, las literarias o las métricas-, o, ni si quiera...que lograra hacerme con el primer premio. Lo importante, era que mi trabajo estaba hecho con el corazón.

Entonces, pensé en aquella persona a la que más debo la mayoría de mis triunfos o mis fracasos: mi padre. “Gracias por ayudarme a comprender”; “Porque tus palabras hacen que me levante cada vez que caigo”.

Me dirigí hacia todos mis compañeros: la profesora Maite se encontraba sentada justo allí, delante, mirándome con su gesto como siempre, pleno de aliento y confianza.

Su cabello, su mágica sonrisa, vinieron a mí una vez más...

### *El verso de una rosa*

Cómo decir lo que siento  
si no encuentro la manera...  
Con poesía te lo cuento  
que es mi buena consejera.

La poesía me ha prestado  
todos los versos que tiene;  
una nota me ha dejado:  
“¡Busca el que mejor suene!”

Un verso habla de una rosa  
que a su niño le escribía  
y, esperándole, en sus hojas,  
un pétalo se caía.

Dice que tan solo un verso  
vale más que mil palabras:  
“El verso es un universo  
al son de sus rimas sabias”.

Un verso te lo ha contado,  
lo escogí yo para ti,  
bajo el sol lo he encontrado,  
el más bonito que vi.

*FIN*